



LA HOJA de PARRA



EDICIÓN ESPAÑOLA

Méndez Alvaro, 2, 1.º

Apartado 547.

Horas: de dos á cuatro de la tarde

CARAS BONITAS

SUMARIO

CESAR JALON
Sección vermouth.

ADOLFO LLUCH
Intima.

ALFONSO HERNANDEZ CATA
Tres cartas de mujer.

FRANCISCO DE LA ESCALERA
Don Fanfarria.

CLARITO
Nuestros artistas y la guerra.

MANUEL DOMINGUEZ
«El sombrero» de Castor.

ANTONIO CINTOS SANTIAGO
Cartas de la Argentina.

COLIRÓN.
Telepatía del Amor.

A. MARTINEZ RIZO
Flores de vicio de la vida canalla

TINO, CARLOS, A. ORTIZ,
M. GARRIDO y BÉTICO

Varios dibujos y retratos de Ro-
sita Rodrigo y Adolfo Cornejo.



ROSITA RODRIGO

Todos los días se dice que una distinguida señorita, de gran belleza y de extraordinaria voz, se ha dedicado al género de «variétés», en el que será una «estrella», y, sin embargo, es rara la «estrella» de «variétés» que es señorita distinguida, bella ni de gran voz. En la «estrella» regional de Madrid exacto: Rosita Rodrigo reúne todas esas cualidades, según pudo apreciarse en Romea

5 céntimos

SECCION VERMOUTH

Nuevas entradas de «combinación,,

Las autoridades acaban de caer en la cuenta de que en algunos «cines» de la Corte y sus alrededores se vendían—se venden aún—, mediante un módico sobreprecio, ciertas entradas que unos llamaban de «combinación» y otros de «magreo», y que, de todas suertes, servían para encontrar en la butaca ó silla de al lado una mujer, si no guapa, por lo menos apetitosa.

Llegaba una de estas proporciones á taquilla y se la servía su localidad,

é, inmediatamente, antes que se evidase, el taquillero ó la taquillera, según los casos, es decir, según los sexos, doblaba la localidad contigua, ó las localidades contiguas, si, en efecto, podían aprovecharse las de los dos lados.

En tal caso, la combinación era doble, «ú séase» á cuatro manos, ni más ni menos que para tocar ciertas piezas al piano, pero sin piano.

He aquí el juego que venía realizándose en algunos—acaso en todos— los «cines», y en el que las autoridades acaban de caer en la cuenta, sien-

do de suponer que, como siempre, las autoridades habrán caído en la cuenta cuando todos la teníamos olvidada, de puro sabida.

Sin embargo, ya que no nos fué dable prevenir de este juego á «quien corresponde», y visto el buen deseo que existe de prohibir todos los juegos prohibibles—y hasta los que no lo son—, nos vamos á permitir un pequeño toque de atención á propósito de otro juego de cine, en el que tampoco son los toques lo de menos.

El nuevo juego de taquilla es lo mismo que el viejo, sino que al contrario. Son ahora las mujeres las que solicitan las entradas de combinación.

LAS INGENUAS

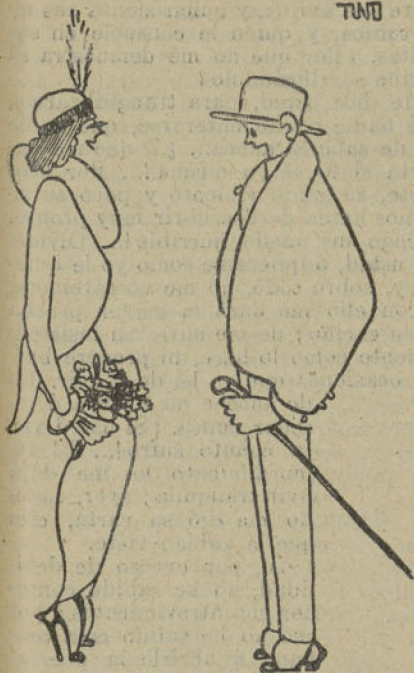


—Bueno, Juanita, nosotros reñimos; pero antes de dos días tendré una entretonida.

—Necesitaré poco para entrar en la Biblioteca Regional de Madrid, y á resaltar difícil...

INDISCRECIONES

T.M.O.



—¿A quién llevas esas flores, Marichu?
 —A una amiga que cumple hoy años.
 —¿Cuántos cumple?
 —Eso es una indiscreción; sólo puedo decirte que está casada, pero como si no lo estuviera...

Y, á este efecto, cuando el encargado de la taquilla deduce por el porte ó cualquier rasgo fisonómico del espectador que éste sea un caballero suficientemente atrevido, dobla las localidades adjuntas.

Y así, resulta que dentro del local el juego es el mismo; pero que fuera intervienen en él distintos «puntos»; mejor dicho, no son tales «puntos», sino «puntas», las que piden entradas de combinación con caballero guapo y atrevido, sobre todo, atrevido.

El hecho es, afortunadamente—para las que tienen esa fortuna—, exactísimo, y nosotros cumplimos con advertirlo «á quien corresponde».

Cuanto á los medios de comprobación, no podemos aconsejar el de «ver» para creer, porque la tarea de «ver»

en cambio, es cosa segura «entrar para tocar», máxime si el que adquiere la localidad tiene la suerte de parecerle atrevido al taquillero ó á la taquillera...

Por cierto que yo debo tener aspecto de «apache», porque las dos noches que he ido al cine he «ido servido». ¡Palabra!

CÉSAR JALON.

INTIMA

Pretendí redimirte y me engafiaste, dejando el alma mía empozoñada; quise encauzarte hacia una vida honrada, y en pago de mis ansias te burlaste.

Hoy que el mundo ha pagado tu [desvío], haciéndote sufrir mil sinsabores, quisiera recordarte mis amores hallándote de nuevo al lado mío.

Te hablaría, estrechándote en mis [brazos], de un corazón sincero hecho pedazos por el desdén de una mujer perdida...

¡Y tan sólo olvidara tus agravios si pudiera arrancarte con mis labios el aliento postrero de tu vida!

ADOLFO LLUCH.

COMO EL PAN



—¿Están buenos los percebes?
 —Como el pan, señor.
 —Bueno, pues, háelos y pésamé medio kilo. que si los peso delante de usted son más caros.

Tres cartas de mujer

I

HE pasado llorando toda la noche, y, de seguir así, llegaría á enfermarme de gravedad: tal es mi excitación nerviosa. Sin duda he perdido el juicio al consentir las cosas que desde ayer acá he consentido; yo, que siempre he estado orgullosa de mí misma, hoy me desprecio y me odio; no sé cómo he podido caer en una acción tan baja y tan indigna, cediendo insensiblemente, como si una nube me impidiera ver los deberes á que faltaba.

Usted sabe que tengo ya otorgado

DE LA CALLE



— ¡Hija que «t'ha» dicho ese hombre «pa» ponerte así!
— ¡Pero si el que me ha puesto así no ha sido éll!

mi cariño, y por voluntad mía, pues que mi carácter no es de los que toleran imposiciones de nadie, y, de no quererle, me desligaría de toda clase de compromisos. Usted sabe que he de casarme con él, y, por lo tanto, es criminal el que conceda á ningún otro hombre el favor más mínimo. ¿Por qué no tiene usted compasión de mí, ya que para sí me la demanda? Sea usted razonable, y procure cambiar de rumbo ese cariño que dice me tiene; yo será su mejor amiga, será su her-

mana; en mí encontrará usted quien le aliente en sus trabajos, y quien celebre sus éxitos, y quien sienta sus infortunios, y quien le consuele en sus cuitas. ¿Por qué no me demuestra su cariño sacrificándolo?

Me dice usted, para tranquilizarme, que nadie puede enterarse, que nadie ha de saberlo nunca... ¿Y qué me importa si lo sé yo misma?... Por otra parte, su genio violento y poco sufrido nos habia de descubrir muy pronto. ¡Tengo un miedo horrible!... Olvide-me usted, ó quíerame como yo le quiero, y, sobre todo, no me comprometa, y con ello me dará la mayor prueba de su cariño; no me mire tan insistentemente como lo hace, ni procure buscar ocasiones que yo he de rehuir. Lo

de anoche no volverá á suceder nunca. ¡Si usted viera cuánto sufro!... El remordimiento no me deja vivir tranquila; ayer, cuando me dió su carta, creí que le habian visto.

Yo, por exceso de debilidad, no he sabido contener sus atrevimientos; por eso no he salido esta mañana á abrirle la puerta, ni me volveré á sentar cerca de usted en la mesa... ¡No me ame usted... pero no me odie!... Estoy dispuesta á que esto sea un paréntesis corto de mi vida; quiero ser como siempre he sido.

Sea usted compasivo, y tenga fuerza de voluntad, ahora que estamos á tiempo. ¡Usted sabe que no debo amarle!... Pongamos los dos de nuestra parte... No me mire..., no procure hacerse el encontrado en el pasillo, ni procure estar solo conmigo, porque es jugar con el peligro... ¡Por Dios, por mí misma, si tanto me quiere... déjeme... déjeme... y no me haya sufrir de esta manera!...—

II

Enrique: No es posible sostener esta situación por más tiempo. ¿Ve qué razón tenía al decirle que mientras más le otorgara, más me habría de exigir?

La conciencia me remuerde de continuo, y me parece que yo no soy sino otra... Lo que ahora me pide es imposible... ¡Qué diría usted si en las condiciones de «él», la mujer á quien usted quisiera hiciese lo que usted pretende que yo haga?... Es preciso hacer un esfuerzo supremo, y no débiles como los que ahora hemos hecho ó hemos fingido hacer... La solución que tú me propones, no. ¡Qué remordimiento eterno no sería el mio?... ¡Todo antes que eso! Tú eres joven, y no es tan despreciable la vida para que la vayas á sacrificar por esto, que, por otra parte, bien puede ser un capricho. ¡El mundo es muy grande, y otras mujeres le harán olvidar lo que ahora cree que no olvidará nunca! ¡Hay que vivir! ¡Sólo hace falta un gran esfuerzo de voluntad para que el deber triunfe sobre el deseo y volvamos á disfrutar la paz que ahora nos falta!...

Lo de ayer fué una imprudencia que pudo costarme cara; estando como estaban todos, una verdadera locura; mi madre se volvió al oír el ruido, y hoy me ha preguntado si tú habías concluido ya tus relaciones con Paquita Montálvez... ¡Qué le digo!...

De lo que me pregunta preferentemente, no sé qué contestarle; yo comprendo que siento por ti una cosa extraña, una especie de fascinación, sobre todo cuando estás cerca de mí... ¡Ah! ¡Por qué anoche se marchó tan pronto? ¡Tenía que hacer, ó es que no le resultaba agradable nuestra compañía?... Además, que yo he de hacer todo lo posible por no quererle, porque comprendo que el tolerarle sólo lo que le tolero es un pecado horrible, del que todos los días hago intención de arrepentirme... ¡Querrás creer que desde... bueno, que desde entonces no me he confesado!...

Adiós; no puedo escribirle más porque ya es la hora de la cena, y pronto vendrán todos; no sea exigente, y no pida que firme las cartas que no debiera escribir, á esta que ya no sabe si le quiere ó no, pero que reconoce que no es usted acreedor á ello.

M...

III

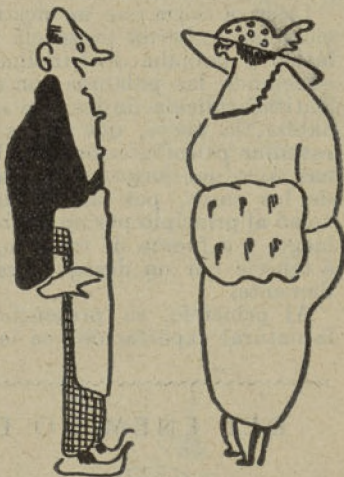
Queridísimo Enrique:

¡Te parece bien dos días sin venir!

Dime si estás enfermo ó qué te sucede, pues en mi incertidumbre siempre supondré algo mayor á lo que en realidad te pase?

Estoy desesperada y aburridísima; suponte tú que esta tarde se marchan

LA VIDA DE LAS «ESTRELLAS»



TINO

—Vengo de la bodega, y faltan once botellas...

—No crea la señorita que he sido yo...

—No; pero ¿no le habrá usted dado la llave á mamá?...

todos, y me quedo sola en casa con la criada... ¡Ya ves qué diversión!

—Mándame recado en seguida, ó, de no estar enfermo, ven tú mismo á traérmelo, para que pueda tranquilizarse tu y sólo tu

Mercedes.

Por la indiscreción,

ALFONSO HERNANDEZ CATA.

Para el baile de LA HOJA DE PARRA, que tendrá lugar el próximo día 2, nos han ofrecido su concurso la mayoría de las artistas que se hallan en Madrid. Aceptamos de buen grado, y les ofrecemos el nuestro. Porque también nosotros vamos á organizar un concurso, estupendo, por más señas.

Don Fanfarria

I

Don Wenceslao Riudecañas y Pérez de la Ojiva era un ser estu-
pendo, un hombre excéntrico y
especial, con más ribetes de tonto que
de loco, aunque por loco y no por ton-
to le tenían en la ciudad.

Llegó á Soria con un destino, y co-
mo tenía gallarda presencia y era en-
fático y hablaba doctrinalmente, pro-
nunciando las palabras con esa grave
lentitud ridícula de los que se oyen al
hablar, la gente, que no se cuida de
estudiar psicológicamente á las perso-
nas, sino que juzga, en la mayor parte
de los casos, por las apariencias, le
tomó al principio por un sabio, aunque
luego, y á fuerza de tratarlo, llegaron
á tenerle por un desequilibrado sencil-
lamente.

Al principio, su presencia produjo
la natural expectación; se le mentaba

con orgullo, y llegó á hipotecar la ac-
tualidad en Soria; por ende, hasta en-
tró con buen pie, puesto que el sexo
femenino, con curiosidad insaciable
contribuyó en gran manera á que la
popularidad de don Wenceslao Riude-
cañas y Pérez de la Ojiva fuese desde
luego indiscutible; y es natural que
las mujeres, y especialmente las solte-
ras, le distinguiesen; sabían todas que
don Wenceslao, no obstante sus feno-
menales mostachos á la borgoñona,
estaba aún en estado de merecer, y la
que más y la que menos, allá en los
deliciosos misterios de su pensamien-
to, soñaba con un esposo con toda la
gallarda apostura, y el talentazo, y la
seriedad, y la política de don Wences-
lao Riudecañas y Pérez de la Ojiva,
caballero de origen linajudo y nobili-
simo, aunque venido á menos, sin du-
da por la fuerza cruel de las circuns-
tancias.

Desde su llegada á Soria, don Wen-
ceslao tuvo siempre especial cuidado
en rehuir toda clase de amistades que
no fuesen verdaderamente
selectas; y así llegó á darse
el caso de que el goberna-
dor, el alcalde, el presiden-
te de la Diputación y dos
ó tres figuras más de seña-
lado relieve local, fuesen
sus íntimos.

En realidad, sus ilustres
amigos gustaban del trato
del honorable funcionario
señor Riudecañas, y le oían
con suma complacencia,
pues tales y de tal calibre
eran las sandeces que salían
de continuo por aquella
boca.

Don Wenceslao creía en-
tender de todo, y ¡vive el
cielo que para él no se ha-
bía inventado la modestia!
Si se hablaba de poetas, él
salía, cuando menos se pen-
saba, recitando alejandrinos
de Zorrilla y diciendo
con cínica desfachatez que
eran suyos y muy suyos,
sólo que Zorrilla se los ha-
bía plagiado; si se trataba
de oradores, él hablaba con
menosprecio hasta de Cas-
telar; si de músicos, em-
pezaba á soltar gallos y trinos
estentóreamente y con la

DEL ENEMIGO EL CONSEJO

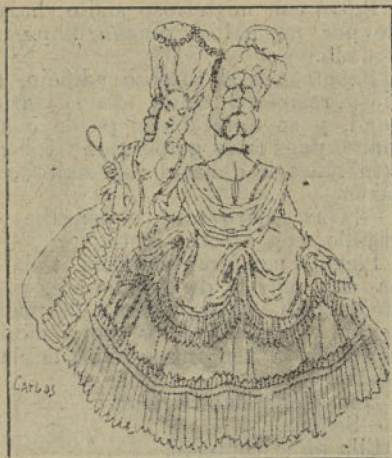


—¿Por qué estás triste?

—Torcuato me quiere abandonar y no sé cómo manejarle...

—Engañale...

LO QUE ELLAS QUIEREN



—Las mujeres debemos pedir al Gobierno que se declare el amor obligatorio.

—Sí; pero no gratuito.

mano puesta en el pecho, añadiendo que era autor de una ópera inédita; pero su especialidad era el amor, las conquistas, según él decía; rendía á la mujer que le aguardaba, con mas facilidad que pudiera hacerlo Don Juan Tenorio.

Por todo lo cual dió la gente en suprimirle el prestigioso nombre de Wenceslao Ríudecañas y Pérez de la Ojiva para llamarle sencillamente don Fanfarria.

Y don Fanfarria fué popular en todos los pueblos de la demarcación, y ya las mujeres, ¡oh dolor!, se le reían, cosa que le tenía al buen señor asaz amostazado.

—¡No me toman en serio! ¿Por qué será?...

II

Un día, con frases un tanto reticentes é intencionadas, el inofensivo don Wenceslao se permitió en el Casino ciertas licencias de lenguaje hablando de la hija del guarda del Parque, virtuosa y buena muchacha, muy querida en la provincia por su bandad y por sus sanas costumbres. Esta conversación llegó á oídos del guarda, y el hombre lo tomó por lo serio y quiso

dar á don Fanfarria una paliza de padre y muy señor mío; pero lo supo también el novio de la chica, que era un alegre y honrado muchacho, estudiante, y como estaba seguro de que su prometida no había tenido, ni por asomo, el mal gusto de distinguir con su cariño al ente aquel, disuadió á su futuro suegro, convenciéndole para que no le pegase, é ideó él otra venganza ménos dura, muy cómica y que de fijo habria de servirle á don Wenceslao de escarmiento para lo sucesivo.

El plan consistió en escribir una carta perfumada, con letra de mujer y sobre rameado, pidiéndole, en nombre de Fulanita de Tal, forastera, desconocida, y marquesa por más señas, una cita de amor.

La carta decía así:

«Señor don Wenceslao Ríudecañas y Pérez de la Ojiva.

DE MUDANZA



—¿Y dices, Rosita, que en la otra casa no ha quedado nada?

—Nada.

—Entonces debemos aprovechar para ir allí.

—Pero, si no hay nada, ¿qué vamos á aprovechar?

—La ocasión, mujer, la ocasión.

Muy señor mío: Me tomo la libertad de dirigirme á usted esta misiva confiada en su discreción de perfecto caba-

llero. Soy forastera, desconocida en la provincia, y viajo por aquí, sola con mi servidumbre, por verdadero «sport». Conozco su renombre de usted como persona de distinción y de mundo; he visto una vez, al azar, su gallarda figura, y no puedo resistir á la tentación de hacerle presente que me vería muy honrada teniendo una entrevista con usted, á solas, en el histórico castillo de Numancia, mañana, á las cinco de la tarde.

La Marquesa de B.»

Don Fanfarria estuvo á punto de volverse loco de alegría. Se creyó á

BROMAS DEL TOCADOR



—A la señorita le sentarian muy bien los colores chillones.

—¿Por qué?

—Como es sorda...

ciegas lo de la cita, y, después de besuquear el papel cientos de veces, no pudo resistir á la vana tentación y se marchó al Casino para enseñar el perfumado billete, secretamente, á sus amigos.

—¡Luego dirán que yo!...

Y se puso tan hueco.

III

Al día siguiente, á la hora indicada, se personó el ilustre don Wenceslao en el famoso castillo de Numancia, que

estaba en lo alto de una montaña lejana, fuera de la ciudad.

Entró con misterioso sigilo, halagado por no hallar ningún importuno por allí.

Penetró en el ruinoso edificio, glorioso resto del ruido, de la antigua edad, y se apretaba el pecho con la mano, pues tales golpetazos y tan descomunales le daba el sobresaltado corazón.

—¡Una marquesa!...—pensaba con orgullo, con arrobamiento.

Llegó á una gran estancia, toda llena de moho y de verdumbre, y, en efecto, allí, de espaldas á la puerta, de pie y reclinando los codos sobre el borde de la ventana, estaba la dama misteriosa.

Don Wenceslao se detuvo.

—Señora...

Ella no le contestó.

—Señora...—dijo más fuerte.

Nada.

—¡Señora!...—exclamó aproximándose más á ella.

Pero tampoco recibió respuesta de la dama.

Don Wenceslao, con su claro entendimiento, comprendió entonces que ella no quería hablar alto ni darse por entendida, por discreción y por el natural rubor, y él, queriendo acelerar con un rasgo audaz y apasionado la situación, hincó una rodilla en tierra allí mismo, junto á la dama, y diciéndole calurosas frases de infinita ternura, le echó un brazo por la cintura.

Entonces, el pelele se le vino encima, rociándole de serrín, y una risotada general repercutió en el castillo.

¡Allí se hallaban, escondidos y observando, lo menos la tercera parte de los habitantes de Soria!

FRANCISCO DE LA ESCALERA.

Pronto,

«EL INFIERNO»

Director - archimandista:

EZEQUIEL ENDÉRIZ

COLABORADORES. — Calderón de la Barca, Cristóbal de Castro, Shakespeare, Oteyza, El Dante, Luis de Tapia, Iglesias Hermida, Jalón, Víctor Sarabia, Bejarano, Jerónimo Gómez y Benedicto XV.

CINCO CÉNTIMOS



Nuestros artistas y la guerra

DE nuestros artistas y la guerra, sólo va quedando la guerra. Los artistas han perdido todo su interés; han dicho ya cuanto tenían que decir, al menos en esta sección.

Sin embargo, donde menos se piensa salta la liebre, siquiera en este caso la liebre sea un «Cornejo».

El modesto novillero que en tamaño tan reducido presentamos «adjunto», es todo un hallazgo que el que estas líneas escribe halló—ya sabrán ustedes que los hallazgos se llaman así por eso: porque se hallan—en Valdepeñas.

Yo conocí á Adolfo Cornejo en esa importante capital, vamos al decir, de la Mancha.

En muy pocos días tuve ocasión de ver cómo se zafaba de una novia que le quería (¡la grandísima tonta!) para casarse; cómo daba esquinazo á un usurero y cómo se libraba de quintas, porque aunque ustedes lo ven de soldado, es, en calidad de excedente de cupo.

Hurtar el cuerpo á tres elementos de semejante acometividad es prueba más que suficiente para augurar á cualquiera un brillante porvenir en el arte de Cúchares y de Belmonte.

Y, en efecto, Adolfo Cornejo—accediendo á mis ruegos—comenzó á matar por esas plazas de Dios con tan buen éxito, que el año pasado actuó de sobresaliente

en una corrida de toros con el diestro de Valdecas, ese fenómeno del estoque que se apoda «Malla»; y este año, el que corre (y menos mal que corre, porque aquí el que no corre, vuela), Adolfo Cornejo se presentará al público madrileño en la Plaza de Vista Alegre.

Sabido esto, huelga decir que á Cornejo no le ha perjudicado gran cosa la guerra europea, por cuanto su carrera taurina se le presenta brillante.

Dentro de límites muy modestos—los «fenómenos» se dan pocas veces en la vida, por no decir que yo no creo en ningún «fenómeno»; dentro de límites discretos, Adolfo Cornejo es un excelente torero.

Es lucido y alegre en el primer tercio; banderillea con elegancia, y con el trapo rojo, dicho está todo con decir que sabe dónde tiene la mano izquierda. ¡Váyase por muchos compañeros suyos de profesión que no saben dónde tienen la derecha, cosa que también dentro de mi profesión suele ocurrir!

Nosotros le prometemos para más adelante, esto es, para cuando los carabancheros le traigan en hombros hasta la plaza Mayor, un retrato más espléndido.

Entretanto, hacemos punto, y el público lo juzgará (á Cornejo, no al punto; sin que esto no quiera decir que no sea también un punto el tal Cornejo).



Biblioteca Regional de Madrid
ADOLFO CORNEJO

"EL SOMBRERO,, DE CASTOR

AQUEL día, Castor Nudao, después de esmerarse más que de costumbre en la confección de su peinado, gracias al uso y abuso del cosmético, se puso el cuello de pajarita y una corbata de un color rojo ladrillo, en forma de poético lazo, que daba á su persona cierto aire de literato, y marchóse petulante y nervioso al teatro Odeón.

Hay que advertir lo primero que Castor era escritor; él, por lo menos, así se lo había creído, hasta el extremo de figurar con el nombre de literato en sus tarjetas de visita, aunque en realidad sólo le conocía el sereno de su barrio (el de Chamberí), y eso á causa del débito de 2'50 por remuneración de la apertu-

DESGANA



—¿No quieres más, Leal? ¡Hoy no lo quieres lamer?

ra de su domicilio durante veinticinco noches consecutivas.

Castor Nudao, el día de referencia, esperaba del empresario del teatro Odeón sus impresiones acerca de un juguete cómico titulado «El sombrero», que había presentado el novel

autor desde mucho antes del proyecto de la Gran Vía.

En todo el trayecto iba emitiendo su juicio sobre la admisión de su obra, monologuando mentalmente:

—Pues mejor que la comedia que le estrenaron á mi amigo Algeciras... sí

REFLEXIONES



Carlos

—Bueno; si me fuese á dar todo lo que yo pintase, me iba á quedar sola pintando; es decir, no me iba á quedar tan sola...

es la mía. Aquella «Conferencia», de Algeciras (así se titulaba), fué larga, cansada..., sobre todo el segundo acto, que se desarrolla en una «fábrica de conservas»... El público se cansó de tanta «data»..... y sucedió lo inevitable. La grita fué ensordecedora.

Su juguete, es decir, «su sombrero», no lo patearían. Tampoco le sucedería lo que á su primo Santiago, que no le pudieron leer un drama porque no se entendía la letra. La obra de Castor estaba cuidadosamente escrita á máquina en dos tintas, sin faltas de Ortografía, y también presentada, que incitaba á su lectura.

En estas divagaciones llegó á la puerta del teatro; no supo si retroceder; el corazón le daba saltos; un temblor nervioso se apoderó de su persona, y por fin... resolvió entrar.

—Muy bien su «sombrero»— le dijo cariñoso el empresario.

—Sí, de siete pesetas—confesó Castor miedoso y sin darse cuenta de lo que decía.

—Me refiero á su obra... Ese «sombbrero» me demuestra que tiene usted una cabeza muy grande... Un gran talento.

Al oír Castor esta frase, creyó desmayarse de alegría. Por fin, iba á estrenar una obra, después de tantos años de lucha y de desgracia. Tal empeño tenía en ello, que una vez organizó una velada teatral en el teatro de Lavapiés para estrenar su engendro literario; pero, ¡oh, perversa humanidad!, los actores se le escaparon con el producto de la venta de las localidades.

Mas el empresario continuó:

—Me gusta mucho, muchísimo, la presentación cuidadosa de la obra... ¡Qué papel tan bueno!...

—¿El del primer actor, verdad usted?—le interrogó Castor, cortándole la frase.

—El papel en que está escrita la obra. Demuestra usted ser un gran mecanógrafo..., pero un mal escritor... Tome usted «El sombrero» y márchese.

Entonces fué cuando Castor se desmayó, pero no de alegría, al ver que el empresario le rechazaba su primer fruto... Dos minutos más tarde recapacitó. No le importaba; desde allí la llevaría al teatro Bretón, que estaba formando Compañía..., y seguiría recorriendo escenarios.



Varios días después, ante una carterera de la Puerta del Sol, Castor se encontró á un amigo escritor que estaba contemplando absorto la lista de la Compañía del teatro Bretón.

—¡Hola, Fernández!... ¡Qué! ¿Te gusta la Compañía?

—Hombre, sí.

—Pues en este teatro estreno yo antes de un mes.

—¿Tú?

—Sí, hombre; ¿que te extraña? Fíjate...

Y diciendo esta frase, señaló con el índice, mientras leía entusiasmado:

«La Empresa cuenta con obras de los Sres. Galdós, Benavente, Linares Rivas, Sassone, Goy de Silva, y otros aplaudidos autores.»

—Pues, chico, ahí no figuras tú como autor.

—Estarás ciego... ¿No me ves aquí?

—¿Dónde?

—Aquí—dijo señalando las palabras «y otros aplaudidos autores».—Uno de ellos soy yo.

La estupefacción fué enorme en su amigo.

—¿Ignoras que soy «aplaudido autor»? Ten en cuenta que he oído muchas palmas en mi vida.

—¡Ah, sí! ¡No me acordaba de que, además de autor, eras camarero!

MANUEL DOMINGUEZ.

FIDELIDAD ECONOMICA

TUO.



—Pero ¿en qué país has visto tú que una mujer pueda ser fiel por cuatrocientas pesetas al mes?

Acusamos recibo de la siguiente carta:

«Sr. Director de LA HOJA.

Muy señor mío: Siguiendo el ejemplo de mi saladísima compañera la cupletista Vicenta Vargas, yo también quiero contribuir con un regalo [para] el concurso del baile de LA HOJA DE PARRA.

Suya afectísima

Adela Margot.»

¡Gracias, muchas gracias. ¡Pero que las daremos. Mejor dicho: ¡que nos darán!

CARTAS DE LA ARGENTINA

A continuación transcribo tres cartas, que he hallado en la vía pública, encerradas en un sobrecito coquetón y perfumado, para que mis lectores deduzcan de ellas lo que les parezca más oportuno.

Dicen así:

«Buenos Aires, 27 de Agosto 1915.

Simpatiquísima Carlota: Ya me tienes en esta hermosa y nunca bien ponderada tierra, tierra de oro, ilusiones y amores aventureros y equívocos, donde todos sonreímos.

Bien sabes tú, querida mía, el motivo principal de mi partida á esta. Soy una mujer «con falta», que busco en países extraños lo que el nativo me negó. Tengo «una falta», y esa sola mancha que pesa sobre mi cuerpo, escéptico, según el canalla de Rafael, tengo que borrarla con la vida desconocida de una gran urbe y entre gentes que disculpen y perdonen pasiones.

Dispensa esta tristeza que emponzoña mi pluma y hace extensivo el tedio que reina en mi pecho á personas que, como tú, tienen abiertas de par en par las puertas de la felicidad.

Toda esta ciudad me parece hermosa, y cuando al anochecer paseo por la grandiosa Avenida de Mayo, llena de muchedumbre que ríe y que goza,

LOS IMPUESTOS



El.—No sé si sabrás que se trata de establecer un impuesto sobre la renta.

Ella.—¡Anda, tontín, mientras no se nos impida continuar percibiendo el

Impuesto Regional de Madrid deseos matrimoniales para burlarse de mí.

siento unos grandes deseos de vivir, de luchar y derrotar á la adversidad que me hace su víctima.

Tengo á la vista un pretendiente que, me parece, tiene ganas de «cargar» conmigo, y no le dejo ni á sol ni á sombra, por si acaso «cae». Es lo que se dice un guapo chico.

No hago más extensiva mi carta por no cansarte y restarte tiempo en tus diversiones, y con mil besos de «mi» nene, te envía apretadísimos abrazos, tu

Conchita.»



«La Plata, 7 de Octubre de 1915.

Querida Carlota: Te extrañará que escriba desde aquí, pero, como te decía en mi última, estoy «á la caza» de un ricacho porteño, y no tengo más remedio que forzar mi voluntad.

Hace dos semanas que llegué á este punto, donde me aburro soberanamente. El niño lo dejé en un internado, y lo recogeré á mi vuelta, que no sé cuándo será.

Ya tengo con «él» más intimidad, y me parece que, «si el tiempo no varía», lo «pesco», como dos y dos son cuatro. No te puedes figurar la alegría que siento.

En fin, chica, «la falta» está próxima á desaparecer para siempre, que es lo que más me satisface, y no escribo más porque son las tres de la tarde, y á las tres y media ha quedado «ese» en venir á buscarme, para dar un paseo por la costa. Te abraza

Conchita.»



«Buenos Aires, 30 de Noviembre de 1915.

Féísima Carlota: Otra vez estoy en Buenos Aires, y la ira y rabia que surge en mi pecho no me deja empuñar la pluma con la firmeza que descara.

Supongo te acordarás de que fui á La Plata tras de aquel fastuoso y adinerado botarate. Pues bien: después que nuestras amistades llegaron al límite que tú puedes figurarte, el farfante me dejó más sola que un hongo y, lo que es peor, sin pagar la cuenta del hotel. Creo habrás adivinado que se trataba de un frescales que apro-

¡Ay nena! Ahora estoy en peores condiciones que antes: van á ser dos «las manchas» que tengo en mi honor, y que cada vez veo más difíciles de borrar.

El despacho ciégame, y me dan ganas de salir á la calle y destrozar á los hombres, falaces é hipócritas, que nos seducen con promesas engañosas que luego no cumplen; mas ya me llegará á mí la hora de tomar la revancha. Anda detrás de mí un vejete libidinoso, propietario de una fábrica metalúrgica, y como caiga... se puede preparar.

En fin, niña, no te canso más con mis dislates; y hasta la próxima, que creo será pronto. Te abraza y besuquea tu

Conchita.»

Por el hallazgo,

ANTONIO CINTOS SANTIAGO.

11-2-916.



TELEPATIA DEL AMOR

Ya descansa la ciudad.
Santa Cruz está dormida.
Sólo algún coche que pasa
con gorjeantes Mesalinas
turba la paz de la noche.
Una media luz me guía
de lamparillas y estrellas...
¿A dó voy, que voy aprisa?
¿Si á mí ya nadie me espera,
por qué el corazón se agita?
Paso calles y más calles,
y siempre mi alma intranquila...
¿A quién busco? ¿Quién me aguarda?
¿No tendrá clave el enigma?
Llego á una calleja angosta
do hay una luz mortecina
que da tonos azulados
de misterio y poesía.
Suave perfume de flores
desparrama allí la brisa,
y mi pobre alma, romántica,
se detiene á su caricia.
He llegado. El corazón
con sus ansias me lo indica.
Aun resuenan mis pisadas
en la calle todavía.
Sigilosa, se va abriendo
una ventana contigua,
y de las sombras, destácase
una silueta divina.
Se oye un suspiro, un ¡ay!

INDIRECTAS DIRECTAS



—Si supieses, Torcuato, qué pendientes más bonitos he visto en un escaparate. He estado tentada á llevármelos...

—Precisamente para esos casos se ha inventado la Policía.

tendue, de alma femenina,
que llega suave al oído
como dulce melodía.
Acércome á la ventana
do sonó aquella alma herida,
y hiéreme presto el Amor
con sus áureas flechecillas.
Es una mujer de ensueño,
es... el Ideal de mi vida,
que, al ensalmo del Amor,
gloriosa se aparecía.
El perfume de las flores
se aumenta... La lucecita
la forma con sus destellos
una semiaureola mística...
Hace rato estamos mudos;
si hablábamos, se rompía
el encanto de un amor
de poesía infinita.
Rompo por fin el silencio:
—¿Me esperabas, virgen mía?
—¿Ya hace tiempo que te espero!
—¿Y tú, me buscas, mi vida?
—También. ¿Sabes quién soy?
—No lo sé; no me lo digas,
porque eres el que soñé:
un hombre-enigma.
¿Vivir sin amar!... ¿Qué horrible!
¿Morir de amor!... ¿Qué delicia!
Qué importa cómo te llames:
soy tu esclava, tu querida...

Tierno, la cojo en mis brazos,
y me besa muy dulcísima,
y, en un suspiro, me dice:
«¿Bésame ya estoy maldita!»

Flores de vicio de la vida conillo

El estudio de Ursula.

AQUEL salón estaba impregnado de una exquisitez que hablaba de la aristocracia del ingenio.

Todo estaba en su sitio y todo era selecto.

Podía ser lo mismo el estudio de un artista que la habitación de una mujer; pero el arte no significaba allí una «pose», ni decaía la feminidad del ambiente: no esperaba uno ver aparecer á una artista machorra y con gafas.

No era un estudio de esos teatrales: aquella habitación convidaba á la conversación amena, á la confianza y, sobre todo, al placer.

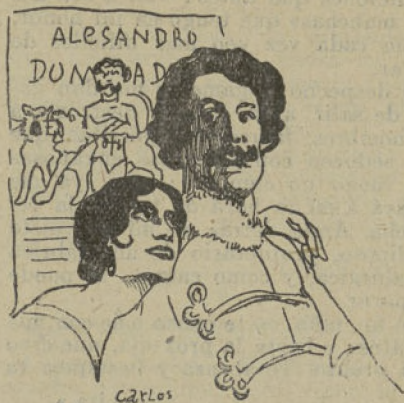
En las paredes había cuadros de esos que despiertan en uno la idea obsesionante del robo: lo más selecto de los más selectos pintores. Tapices que no tenían su principal mérito en su antigüedad, sino en su arte, y que eran antiquísimos, de precio fabuloso. Esculturas en los rincones que evocaban aquellos tiempos serenos de la

REFRANES Y AFORISMOS



—A lo hecho, pecho.

DON TORCUATO QUERIDAS



—Oye, Torcuato: ¿cómo te arreglas para domar las fieras?

—Lo mismo que para conquistar artistas: dándolas jabón.

Grecia. Una «Dolorosa» de Salzillo que apenaba el alma, retratado en la cara el dolor de una madre ante una tragedia fundamental para la Humanidad.

Había un órgano, y parecían volar aún por los aires notas de luz como quejidos dolorosos de placer: de aquellos tubos argenteos que tan bello acento ponían en el testero, sólo podían salir notas de luz, dulces, prolongadas, tremolantes, sin el duro repiqueteo del piano.

Había un bargueño severo y complicado como el alma de un prócer castellano de los comienzos del Renacimiento; sobre una mesa patiabierta atirantada por artísticos forjados, colgante de áureas cadenas las tapas, enseñando innumerables cajoncitos de nogal en los que un imitador de Benvenuto esculpió motivos guerreros, entre los que el familiar conocedor de la casa encontraba sádicas escenas de violencia lasciva.

Sobre el bargueño había un velón insistentemente mis miradas de las más puras líneas de la

zas, esbelto, grácil, de contornos de efebo espigado y juncal: tenía pantallas rectangulares de cobre, en las que el artífice había punzonado un dibujo de extraña pureza clásica.

La alfombra era regia; sobre ella, á los pies de un sofá enorme y anti-quisimo, había una piel de tigre que evocaba en mi memoria los recuerdos de lo que me contaron de aquella Ursula que gustaba de revolcarse sobre aquella piel.

En una repisa, sobre el sofá, había

DEL PUDOR



—Pero ¿es que vienes á disgusto?

—No; pero como es la primera vez que salgo de mi casa á estas horas y, además, no me das mas que dos pesetas...

un desnudo de adolescente, de una pureza absoluta de líneas, al que una desconcertante y picaresca sobreexcitación sexual daba tonos de realismo patológico.

Aquella escultura, y las butacas amplias, y el sofá enorme, y los «vis á vis» amables mediadores, y la famosa piel de tigre, todo hablaba allí del amor y del placer.

Y, allí, el amor y el placer serían seguramente enloquecedores, por ser Ursula quien era.

¿No conocéis á Ursula? Todo el mundo ha oído hablar de su fama; todo el mundo ha visto, aunque sólo haya sido en un retrato, su cara de virgen, su cara de azucena, su cara de pureza absoluta, que encerrando y escondiendo un alma de diablesa, es una genial, una sublime mentira encarecedora del deseo.

Yo había tenido ocasión de cruzar la mirada con la suya, ingenua y casta, y se había adueñado de mí encendiendo en mi corazón un fuego inextinguible.

Su mirada era muy distinta de la mirada de Margot, aquella serena «demi-mondaine» que me acompañaba y había de presentarme; pero las dos miradas tenían la coincidencia de una falsía absoluta.

Margot miraba con la placidez de un lago al anochecer bajo los rayos vernaes de una Luna llena.

Ursula recordaba mirando ingenua á nuestro mejor amigo, á nuestra hermana, á nuestra madre, cuando nos acariciaba de niños.

Esperando verla aparecer, sentado frente á Margot, sentía impaciencia, hambre de verla, de hablarla, de estrechar su mano.

Decididamente, Ursula parecía hecha á medida de mi capricho: era mi tipo ideal, era la Ursula que todos conocen por la fama de sus vicios y por la inocencia de su cara infantil.

ALFONSO MARTINEZ RIZO.

FOTO graffias artísticas del natural. Catálogo detallado, 30 céntimos sellés de correo; con varias muestras surtidas, 4 pesetas, giro postal.

L. Leonard, sucesor

Calle Padua, Barcelona.

PASTORA IMPERIO ■ : : LIBRO DE INTIMIDADES

UN TOMO EN 8.º DE 130 PÁGINAS, 2'50 PESETAS

CONTIENE ESTE LIBRO: «El relicario de sus confidencias». — «Cómo empezó á bailar Pastora». — «La gloria del *début*». — «Los dos duros más bendecidos». — «Por qué pasó á llamarse *Pastora Imperio*». — «Un célebre baile de máscara». — «Los comienzos de la *Fornarina*». — «Los amores de la *Imperio* y el *Gallo*». — «La *Imperio* sueña con ingresar en un convento». — «La *Imperio*, en su hogar». — «Su devoción por la Virgen de la Esperanza». — «Caridad hermosa», etc., etc. — Una magnífica portada y profusión de fotografías. — Se envía á provincias, certificado, por 3 pesetas en sellos de Correos, ó Giro Postal. — Los pedidos, con su importe, únicamente á **Antonio Ros**, librero, **Jacometrezo, 80, 4.º derecha, Madrid**.

Exportación por mayor de revistas, periódicos y libros á España y Extranjero. — ON PARLE FRANÇAIS.

ANTES, EN EL LECHO CONYUGAL, Y DESPUES

Condiciones que han de reunir el hombre y la mujer para considerarse aptos para la relación sexual (órganos genitales, estructura, dimensiones, defectos que imposibilitan, etc.) Consejos que deben tenerse en cuenta en la relación sexual para que ésta se verifique en forma fisiológica (placer, duración, posiciones masculina y femenina, etcétera); precauciones que deben adoptarse para que los abusos no debiliten, perturben ó aniquilen el poder genital, conservándose siempre la virilidad y potencia de la juventud más robusta. Es, pues, este libro una verdadera guía para el hombre y la mujer que quieran conocer los secretos más íntimos de la relación sexual, considerando su placer y detallando las aberraciones del instinto genital, hijas de la lascivia y el libertinaje. **3 pesetas**. Buenas librerías de España. En Madrid, Fe, San Martín, Puerta del Sol, 15 y 6; Ros, Jacometrezo, 80. Se remite por correo, certificado, enviando 3 pesetas por Giro Postal á *Archivo*, Apartado 432, Madrid.

CUATRO LIBROS INTERESANTÍSIMOS

- «Misterios y secretos del lecho conyugal» (dos tomos con grabados).
- «Tortilla al ron» (un tomo de 260 páginas).
- «Los quince goces del matrimonio» (un tomo de 192 páginas).

Se remiten, certificados, á provincias los cuatro tomos por SEIS PESETAS. Al Extranjero van por SIETE FRANCOS Ó UN DOLLAR.

LOS PEDIDOS, CON SU IMPORTE, ÚNICAMENTE Á ANTONIO ROS, LIBRERO, JACOMETREZO, 80, 4.º DERECHA, MADRID.

Biblioteca privada — *Catálogos gratis, remitiendo sello de 0,50 pesetas.*

Exportación de revistas, periódicos y libros á España y Extranjero.

LA INGLESA

PRIMERA CASA EN GOMAS
HIGIÉNICAS

MONTERA, 35 (pasaje)
y VICTORIA, 3, Ortopedia.

(Catálogo gratis enviando sello.)

ESTABLECIMIENTO

TIPOGRÁFICO DE "EL LIBERAL,"

Impresiones de todas clases. — Cartelería. — Comedias. — Revistas ilustradas. — Cartas. — Folletos. — "Memorias, etc., etc."

Marqués de Cubas, 7.-Madrid